

## **El Prólogo Y La Teología**

*“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo...” (Hb 1,1-2a)*

Corresponde ante todo precisar el tema de la presente exposición y justificar lo que se podría considerar una irrespetuosa intromisión. Se entiende aquí ‘prólogo’ en sentido amplio, es decir tanto en su uso habitual como en su versión teatral de ‘preludio’. Tras meditar sobre la procedencia o no de esta categoría en el mundo del teatro opté por la afirmativa. Dicha decisión se gestó y maduró en torno a una obra consagrada de la literatura universal: el *Fausto* de Goethe. Esta tragedia en dos partes, fruto de largos y meticulosos años de revisión, representa la obra magna del gran poeta alemán. Al decir poeta, apenas intento esbozar con el calificativo sagrado toda una vocación que incluye al dramaturgo, al filósofo y (por qué no) también al teólogo. Ahora bien, siendo que este maestro de las letras había elegido para una de las obras más trabajadas de todos los tiempos -algo así como seis décadas incluyendo interrupciones -, el comenzar con un preludio (Vorspiel) y con un prólogo (Prolog) vi en ello un guiño cómplice para mi tema.

Por otra parte, es muy sugestivo el hecho de que la dupla en cuestión se encargue de aludir tanto a las tablas como a las mansiones celestes. En efecto, el Preludio sucede ‘en el teatro’, mientras que el Prólogo tiene lugar ‘en el cielo’, de modo que, desde esta perspectiva, Fausto ya compendia desde sus páginas iniciales todo nuestro propósito: dialogar interdisciplinariamente y explorar, la siempre misteriosa conjugación, entre nuestro limitado mundo y la desbordante Sabiduría de Dios.

Goethe, como Calderón<sup>1</sup> y Shakespeare<sup>1 bis</sup>, entiende el teatro sujeto a una ley de convertibilidad: “el mundo es un escenario y en el escenario está el mundo entero”. Por eso le hace decir al *Director* del drama: “*Haced así que en estas tablas pocas/ Todas las cosas del Creador se vean;/ E iréis, en lo burlesco, lo trágico y lo tierno,/ Del cielo, por el mundo, hasta el infierno*”<sup>2</sup>.

A la hora de circunscribirme a una palabra, elegí el término ‘prólogo’ aun cuando ya se ha dicho que se consideraba equivalente a ‘preludio’. Con todo, no se puede -ni conviene- dar tan fácilmente por concluida la cuestión. Cada vocablo tiene su historia, sus raíces, que lógicamente se traducen en riquezas y matices propios. El caso de ‘preludio’ enuncia un anticipo que refuerza el carácter exterior del acontecimiento, se trata de un obrar. En esta ocasión la traducción castellana da cuenta de la profundidad de su equivalente alemán. En efecto, la palabra *Vorspiel* está compuesta por un prefijo (vor), y por un sustantivo (Spiel) que alude a la obra de teatro. Encontramos aquí una referencia a la obra como un todo, pero lo más interesante quizá sea que la palabra *Spiel* también significa juego, por lo cual presenta el costado lúdico del teatro (pre-ludio). La propuesta es esbozar algunas aplicaciones que la categoría “prólogo” puede tener en el ámbito de la Teología.

Intentar arrimar una conceptualización suele descubrir la precariedad de la propia comprensión, y simultáneamente, la densidad de sentido oculta en apenas un par de letras abrazadas. Cuando de ‘prólogo’ se trata, pienso en ‘introducción’, y corroboro el acierto del instinto desde la etimología: *intro-ducere*, ‘ser guiados en’. Pienso también en ‘clave’, una llave interpretativa que me oriente y desate los enigmas que me habrán de ser presentados. Pienso en ‘ambientación’, es decir

---

<sup>1</sup> Cfr. Calderón de la Barca, ‘El gran teatro del mundo’

<sup>1 bis</sup> Shakespeare, *As you like it*; II,7: “*All the world’s a stage,/And all the men and women merely players:/They have their exits and their entrances*” .

<sup>2</sup> Goethe, *Fausto*. Traducción en verso de Augusto Bunge. Editado por la U.B.A: Facultad de Filosofía y Letras, Sección Anglogermánica del Instituto de Literatura; Bs. As., (1949); pág. 10.

crear el clima, disponer los ánimos. Finalmente pienso en ‘compendio’ porque el prólogo suele ser el ADN de lo que viene; allí aparece compactada toda la temática, idea que con frase latina designamos *in nuce*.

Llegamos así a una certeza. El prólogo, sin ser la definitiva, es una cierta palabra, y nos dice bastante. Ahora bien, si se trata de un prólogo, corresponde describir qué se entiende por *logos* sin más. El alcance cristiano del término ‘palabra’ bebe de la confluencia cultural de Jerusalén y Atenas.

*Logos* proviene de la filosofía griega y es palabra, razón, orden, sentido, gobierno y vida que todo lo surca. Es que en el pensamiento griego, “*lo universal, el logos, es según la profunda intuición de Heráclito, lo común a la esencia del espíritu*”<sup>3</sup>. La palabra es considerada la fuerza que hace del ser humano un hombre, y en cuanto lenguaje inteligente e inteligible también se concibe personificado como un dios<sup>4</sup>.

Del pueblo hebreo toma la eficacia y su profundo arraigo en la realidad. El rollo de Isaías hace decir al Señor: “*Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a lo que la envié*” (Is 55, 10-11). A este testimonio se suma el paradigmático pasaje de Gn 1. En él la creación es obra de la palabra: “*Dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz*” (Gn 1,3).

Ambos cauces se encuentran en el célebre prólogo del Evangelio de Juan. Allí la palabra alcanza suma dignidad mediante la descripción de la encarnación de Dios Hijo. “*En el principio existía la Palabra. Y la Palabra se hizo carne*” (Jn1,1.14).

---

<sup>3</sup> W. Jaeger, *Paideia*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Bs. As., (1993); pág. 10.

<sup>4</sup> Cfr. Jaeger, *Op. Cit.*; págs. 875-878.

Es más que curioso que Fausto ensaye una traducción distinta: “En el principio era la acción”. A ello parece responder Guardini cuando dice: *“al principio, no se encuentra ‘el impulso oscuro’, ni tampoco ‘la acción’, sino la claridad de la palabra (...) Dios es la palabra absolutamente plena, llegada en absoluto a su destino. Y ello es así porque el Tú al que se dirige, no es un sí-mismo ajeno, independiente en sí, sino que este Tú surge del hablar mismo(...) De la palabra de Dios proceden todas las cosas y tienen por eso, ellas mismas, carácter verbal”*.<sup>5</sup>

Dado que toda la creación en cierto modo habla, hay que *escuchar* a ese mundo-palabra. De este modo reconocemos en la filosofía esas palabras que remiten a la Palabra. Mucho se ha comentado el papel propedéutico de la filosofía respecto de la teología. A aquélla se la ha denominado tradicionalmente sierva (ancilla) de ésta, y más recientemente ‘amiga’, pero bien parece que podríamos presentarla como verdadero prólogo. Designo filosofía a toda mirada sedienta de sentido, caladora de cimientos y con perspectiva unificante. A la filosofía así entendida, que a juicio de Levinas es más sabiduría del amor que amor a la sabiduría<sup>6</sup>, le compete la primera palabra. Ella es la encargada de formular las preguntas, expresar las dificultades y enojos, tararear sus alegrías, y celebrar decididas certezas. Pero junto a todos sus aciertos y a una sana autoestima, el hombre librado a sus solas fuerzas sabe -saborea – tristemente de su límite. Porque cuando la razón no sufre mal de alturas y es capaz de sincerarse frente a un espejo, capta eso que denominamos *misterio*.

Arribamos a la frontera. Para el pensamiento-prólogo de la filosofía sin más, el misterio es sinónimo de lo oculto y oscuro, de lo vedado e inaccesible, de la triste confrontación con la finitud. Entonces, el interrogante se vuelve mayor cuando no

---

<sup>5</sup> R. Guardini, *Mundo y Persona*. Ed. Encuentro, Madrid (2000); págs. 119-120.

<sup>6</sup> P. Sudar, ¿La filosofía amor a la sabiduría o sabiduría del amor? *Diálogo con Emmanuel Levinas*. Revista Teología 40 (UCA); pág.70.

más amargo. Para la teología, en cambio, el misterio se mueve en el orden de lo destinado a darse a conocer. En otras palabras, si no está llamado a proclamarse a viva voz, no se trata en absoluto de misterio. Por ello San Pablo se refiere al cumplimiento de la palabra de Dios como *“al misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos”* (Col 1,26).

De la mano de la teología acariciamos el misterio y experimentamos reduplicadamente la gratuidad. Por un lado nos sabemos acreedores del regalo de la vida, y aceptamos nuestros límites en el marco de un proyecto, que sin ser ‘claro y distinto’ es ciertamente amoroso. *“Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor; yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer”* (Os 11,4)<sup>7</sup>.

Por otra parte, damos gracias a Dios Padre que nos ha dado a *“conocer el misterio de su voluntad”* (Ef 1,9). Esta revelación, no es otra cosa que correr los velos de modo que podamos tener acceso a **su** intimidad. Por ello la teología se vuelve fecunda; porque se nutre de la revelación divina que es recreación y es ternura que salva. Por ella Dios ‘se’ dice, y nos muestra su mirada pro-vidente. Pero habrá que cuidarse de despreciar la filosofía en su carácter de prólogo, ya que como nos ha enseñado Gadamer “sólo obtiene respuestas quien se hace preguntas”. Por eso, tomando la parábola evangélica del sembrador, podemos decir que la filosofía es ese remover la tierra para que la semilla pueda algún día dar fruto. Y dado que el Creador habla encontramos respuestas, de manera que la filosofía alcanza su paradójica plenitud, como lo experimentara Juan el Pre-cursor: *“Es preciso que él crezca y que yo disminuya”* (Jn 3,30).

---

<sup>7</sup> “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada” (Is 49, 15-16a).

Sin embargo, no porque el pueblo que andaba a oscuras haya visto una luz grande (Is 9,1-2) desaparecen las preguntas. Éstas persisten, pero no son las mismas. Han mutado, y si antes se preguntaba por defecto ahora se lo hace por exceso. En este sentido, no por ser harta conocida pierde fuerza la metáfora de la luz, que de tanto iluminar llega a enneguecer. Así aparecen las noches oscuras de la fe. Los santos, nuestros verdaderos maestros, atestiguan ese ver en el no ver. ¿Cómo se explica? Es que como ya se ha dicho, la revelación habla al hombre en su núcleo más hondo, allí donde convergen múltiples potencias, allí donde *“el corazón tiene razones que la razón no entiende”*. Se pregunta desde la serenidad de la fe que nace de la confianza del amor, según lo plasmara brillantemente Newman: *“creemos porque amamos”*<sup>8</sup>. Y sabido es que el amor es el motor de la vida, y por él se activa una vibrante dinámica que busca conocer para querer más, y queriendo más profundizar el conocimiento<sup>9</sup>. Para cerrar lo referido al preguntar creyente o teológico citaré dos ejemplos, uno de la Escritura y otro de la tradición. El primero muestra a María sorprendida por el anuncio del ángel, que en medio de su plena aceptación, no considera desubicado preguntar *“¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”*(Lc 1,34). El segundo nos lo aporta el genio de Hipona. Dice San Agustín: *fons vincit sitientem*. El sediento va a la fuente a beber agua y el manantial desborda sus expectativas.<sup>10</sup>

Y si de apreciar la filosofía se trata no puede pasar desapercibida la figura paradigmática del diálogo: Justino. Filósofo de profesión y pagano de origen captó, o mejor dicho fue captado por el Espíritu de Cristo para defender la *preparatio*

---

<sup>8</sup> J. H. Newman, ‘El amor, salvaguardia de la fe contra la superstición’; en: La fe y la razón (Sermones universitarios). Ed. Encuentro, Madrid (1993); pa. 287. Esta valoración de la fe es confirmada por Julien Green en la novela *Cada hombre en su noche*, cuando el joven Wilfred exclama: *“Tío, se sabe que uno cree como se sabe que uno está enamorado”*; Ed. Emecé, Bs. As. (1963), pág.68.

<sup>9</sup> “Credo ut intellegam et intelego ut credam”

<sup>10</sup> Cfr. E. Komar, La vitalidad intelectual. Ed. Sabiduría Cristiana; Buenos Aires, Argentina: pág. 27.

*evangelica*. Este hombre audaz descubrió la paciencia de Dios y la temporalidad del hombre que sólo avanza de a pasos cortos. Por ello emprendió la búsqueda de las semillas de la Palabra eterna, que -esparcidas a modo de prólogo- iban pre-parando la Palabra en flor.

La intrepidez de Justino está en haber explorado dentro del mundo ‘pro-fano’, es decir el previo a la manifestación. La filosofía, entonces, nos deja en el umbral, casi diríamos en el atrio del recinto sagrado que es esa persona-palabra que se llama Cristo. Aprovechemos para ver aquí resumida toda la lógica cristiana: el Dios que salva es el que asume la humanidad frágil, no la aplasta sino que la eleva; del mismo modo, la autocomunicación de Dios no mata las legítimas búsquedas y logros humanos, sino que los toma como quien los estuvo animando desde dentro.

Ahora bien, ¿tiene sentido hablar de prólogo en Historia? Es este otro de los lugares privilegiados para distinguir lo característico de la cosmovisión judeocristiana.

Israel tiene una visión muy original de la Historia; ella comprende la intervención de Dios haciéndola Historia salvífica. Pero, además, incluye un ingrediente que podemos caracterizar como ‘novedad definitiva en el futuro’<sup>11</sup>. Es este un elemento muy importante, que impulsará al pueblo creyente siempre hacia adelante, porque lo verdaderamente bueno todavía está por llegar.

Desde esta perspectiva entendemos mejor cuando el Nuevo Testamento afirma que *“Dios cumplió lo que había anunciado por boca de todos los profetas”* (Hch 3,18), y que lo hizo en la persona de Jesús. Los hagiógrafos ensayan distintas variantes, y si bien la fórmula tradicional indica que sucedió *“según las Escrituras”*,

---

<sup>11</sup> S. Breton, La investigación profética en este siglo; En: Alonso Schökel –Sicre Díaz, Profetas I. Ed. Cristiandad, Madrid (1980); pág. 66.

encuentro particularmente bello el comienzo del Evangelio según S. Mateo (Mt 1, 1-17).

El hecho de presentar una genealogía de Jesús nos habla de la profundidad de la encarnación. Dios, para hacerse hombre, para dar su Palabra definitiva, elige *un* pueblo en particular. Este pueblo entraña una historia, gente concreta, raíces rastreables; por eso decimos que nuestro Señor opta por *ligarse*, por *depende*r. Sin duda, ésta es la intención del autor sagrado, hacer notar que Jesús es pre-cedido y que su venida viene a colmar la expectativa de generaciones, que, fieles en la fe se aferraron a la promesa de su Dios. Y si hoy nosotros encontramos este largo pasaje algo tedioso y aburrido, e incluso si nos perdemos entre tantos nombres concatenados, hemos de saber que no sucede así con nuestro Dios. Él, con paciente sabiduría nos espera. Eso es la Historia del pueblo escogido, Israel; un refinado prólogo de encuentros y adulterios que, cual cuenta regresiva, avanza hasta alcanzar su climax en las primeras palabras de Jesús en su ministerio público: “*El tiempo se ha cumplido*” (Mc 1,15).

He hablado de *ministerio público* porque no todo fue exposición en la vida del Salvador. Para el anecdotario pueden quedar las conjeturas sobre la cifra exacta de años de ‘vida oculta’ de Jesús. Lo cierto es que hubo ‘vida oculta’, en la que el niño “*crecía en sabiduría, en estatura y en gracia*” (Lc 2,52). Durante esos años no se destacó en nada de los demás, vivió en la vulgaridad de su aldea, “como uno de tantos”. Sólo María –y podemos suponer que junto a ella también José- “*guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*” (Lc 2,19; 2,51). Ese silencio de Nazaret fue el ámbito donde aprendió a amar, a pensar y a trabajar. Allí el Logos hecho carne tejó su propio prólogo, jardín en el que se gestó la entrega que sería manifestación (puro φαινομαί) y que culminaría en la cruz.

De las múltiples categorías que se han visto transfiguradas por el paso de Aquél que ‘hace nuevas todas las cosas’ (Cfr. Ap 21,5), sobresalen cuatro. La Alianza, que a su vez se desglosa en la Ley, el Éxodo y la Pascua. Todas ellas (íntimamente unidas) no existían sino para referir a Cristo; eran prólogo, lo que en lenguaje bíblico se dice *τυπος*.

La antigua alianza consistía en la promesa del Señor de adoptar al pueblo de Israel, de modo de hacerlo su propiedad personal (Cfr. Ex 19,3ss). Este pacto se realizó en el contexto de una *liberación* –el Éxodo de Egipto-, *del obsequio de un camino* –la entrega de la Ley-, y de una *celebración* –la Pascua.

Esta elección-privilegio de tono particular y supeditada a la observancia de los agraciados, mostró reiteradamente la fragilidad del pueblo elegido. Ante los reiterados quebrantamientos, los profetas de Israel reaccionaron presentando la escena del Dios esposo, que, traicionado por su adúltera mujer, no sólo ratifica sino que intensifica su propuesta conyugal (Os 2; Ez 16). En esta línea, de la mano de los teólogos hebreos, fue tomando color la expectativa de una nueva alianza. En ella se hace manifiesta la iniciativa divina para el perdón de los pecados<sup>12</sup>, y la entrega de una Ley interior<sup>13</sup>.

Los siglos transcurrieron, y aunque en Israel sólo un ‘resto fiel’ esperara al Mesías, Dios “*plantó su tienda entre nosotros*” (Jn1,14). Cristo, el Emmanuel, el “Dios con nosotros” (Is 7,14; Mt 1,23), hace realidad en su persona la nueva alianza. Por él, con él y en él reverdece el desierto, la multitud de huesos secos cobra vida y el agua sucia se vuelve exquisito vino festivo. Estas imágenes quizá puedan

---

<sup>12</sup> “Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré” (Ez 36,25).

<sup>13</sup> “...pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones las escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jer 31,33b). “Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas” (Ez 36, 26-27).

ayudarnos a captar el extremo de sentido al que son llevados esos *typos* o prólogos hebreos. En efecto, ya nada es igual desde la llegada de Aquél que es “*escándalo para los judíos y necesidad para los paganos*”. Ahora la liberación significa absolución del pecado y de toda culpa<sup>14</sup>. La ley, antes norma exterior, es ahora precepto interior grabado en el corazón por el Espíritu Santo. Finalmente la Pascua deja de ser el paso a través del desierto para ser cruce de la muerte a la Vida eterna

Para concluir, me gustaría dirigir la mirada hacia el fin, el *ésjaton* (εσχάτον), de allí escatología. ¿Qué es nuestra vida sino la oportunidad de hacer de ella un prólogo? Nuestros predecesores se resistieron de distintas maneras a concebir la muerte como un ‘final del juego’. Siempre, siempre, supieron de su condición de peregrinos, y así aludían tanto a la dinámica de la existencia como a una nota esencial del hombre. Este ‘estar de paso’, condensado en la fórmula *homo viator*, comienza con la conciencia de la muerte. El límite, la muerte en cuanto sentida como muro infranqueable, nos descubre nuestro anhelo de vida. Esto significa que el sentido de trascendencia también aparece por la negativa, por la conciencia de que hay algo que anda mal, algo que no debería ser. Sólo cuando se ve la pared es que ya de algún modo se está más allá de la misma.

En teología esto se expresa mediante la vocación a la Vida eterna, y por ello san Pablo habla de la ‘ciudadanía celestial’. Por ende, ahora se puede reflexionar sobre cómo el prólogo da lugar a la palabra definitiva, al logos. Y sin embargo, en su plenitud nunca es mero logos, sino epí-logo que se despliega en diá-logo. En efecto, en la medida en que haya aceptación de la voluntad de Dios, Él hará realidad nuestro deseo de paz y felicidad. “*Nos has hecho para ti y nuestro corazón está*

---

<sup>14</sup> “Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús” (Rm 8,1).

*inquieto hasta que descanse en ti*<sup>15</sup>. Ahora, durante el prólogo, “vemos como en un espejo” dice Pablo (hay que recordar que los espejos de la antigüedad tenían poco ver con los de hoy), pero “entonces lo veremos tal cual es”. Será la manifestación suprema, la epifanía, y por tanto el epílogo. Pero para que la palabra llegue a su plenitud siempre necesita ser pronunciada y, además, escuchada. No hace falta ahondar en la esterilidad de un monólogo, ni en el aburrimiento de hablarle a los objetos, y para ser realistas debemos imaginar el dolor de una palabra cargada de sentido que no se recibe. ¿De qué sirve la más embriagadora declaración si no hay amada a quién brindarse?

Por ello, la propuesta del Señor es excelsa; se trata de una invitación al diálogo. Más precisamente es un tener parte en el diálogo eterno del Dios trinidad que es la pura comunicación, la pura comunión. (κοινωνία). Y con el paso del tiempo se han ido sumando cantidades de comensales frente a ese magnífico banquete comunicacional. Allí el encuentro es fiesta, juego, arte; en una palabra, diálogo. Y deja de ser prelude para ser puro juego, donde lo importante es el vaivén consistente en “*que ni uno ni otro extremo son la meta final del movimiento*”. Se trata de un “*automovimiento, que no tiende a un final o una meta, sino al movimiento en cuanto movimiento, que indica, por así decirlo, un fenómeno de exceso, de la autorepresentación del ser viviente*”<sup>16</sup>. Así es como el ser dialógico (homo loquens) puede libremente alcanzar su plenitud en la inmerecida elevación a un diálogo con la Palabra que le dio la existencia.

*Andrés F. Di Cio*  
2004

---

<sup>15</sup> S. Agustín, Confesiones, I,1,1. Ed. B.A.C., Madrid (1997); pág. 23.

<sup>16</sup> H. G. Gadamer, La actualidad de lo bello. Ed. Paidós Bs. As., (1998); págs. 66-67.